

si los actos atribuidos á Wilson caían bajo el peso de tal ó cual artículo del Código penal; nadie tuvo en cuenta los escrúpulos jurídicos del ministro de Gracia y Justicia, Sr. Mazeau, que lo dudaba; la indignación era tan general que, bajo la presión de la inmensa mayoría de la Cámara, el gobierno, interpelado por el señor Douville-Maillefeu, de la extrema izquierda, y por el Sr. Piou, de la derecha constitucional, tuvo que anunciar que el fiscal del Tribunal de apelación de París iba á abrir una instrucción judicial contra el Sr. Wilson. Llevada al Palacio de Justicia, esta noticia hizo suspender los debates de la causa Caffarel-Limouzin hasta la clausura de la información abierta contra el yerno de Grevy. Esta información no podía empezar hasta después de la autorización de la Cámara, que fué concedida, el 17 de noviembre, por unanimidad menos un voto. El mismo día decretóse la cesantía del señor Gragnon y el nombramiento de León Bourgeois para la prefectura de policía.

La destitución de Gragnón no había hecho ver claro á Grevy, y la sesión de la Cámara del 19 de noviembre tampoco le hizo abrir los ojos. Clemenceau presentó una demanda de interpelación al gabinete sobre la situación y obtuvo la discusión inmediata, á pesar de haberse opuesto á ella Rouvier alegando que no podía producirse paralelamente á la información judicial. Rouvier se retiró para llevar al Eliseo la dimisión del gabinete.

Aunque el ministerio había sido derribado sin debate, y por un voto dirigido contra el presidente de la República, Grevy, que se consideraba en regla con las conveniencias morales y con el Parlamento, desde que Wilson había salido del Eliseo para ir á vivir en un hotel de su suegro, hizo llamar, como en tiempo normal, á varios hombres políticos, á fin de conferenciar con ellos sobre la situación. Clemenceau, Freycinet, Goblet, Floquet, Brisson, Le Royer, Ferry, Raynal y Ribot acudieron sucesivamente al Eliseo. Estos diputados ó senadores, procedentes de todos los puntos del horizonte político, mostráronse unánimes en su apreciación y en sus consejos; era imposible constituir una mayoría si el presidente de la República no se retiraba.

Era preciso que su convicción fuese muy firme para que hombres tan moderados como Ferry, Raynal y Ribot diesen semejante consejo á Grevy. Si lo seguía, la institución presidencial resultaría debilitada, después de la presión sufrida por el presidente; si no lo seguía, resultaba comprometida la misma República. La resistencia podía tener graves consecuencias; podía conducir á una dictadura. Desde su destierro el príncipe Napoleón escribió al barón Dufour una carta que recordaba al público la existencia de otro aspirante á dictador. El conde de París permanecía mudo, pero acababa de notificar á sus partidarios su conversión al cesarismo. Los boulangieristas vislumbraban la substitución del régimen de las leyes por el régimen del sable. En la Cámara no faltó quien propusiese una revisión constitucional. En términos de vibrante elocuencia, Ribot hizo desechar por 382 votos contra 167 la urgencia pedida en pro de semejante proposición por el señor Andrieux, amigo de Wilson.

Pareció que esta vez Grevy había comprendido la imposibilidad de permanecer más tiempo en el Eliseo.

El 24 de noviembre, llamó nuevamente á Ribot y le propuso que formase un gabinete encargado de asegurar la transmisión de los poderes presidenciales. Ribot aceptó esta misión ingrata, pero necesaria, con la condición de elegir libremente todos sus compañeros de gabinete y enterarse del Mensaje de dimisión, pues no le convenía endosar la responsabilidad, ni siquiera aparente, de una declaración de guerra á las Cámaras, ó de una manifestación de mal humor. Como Grevy no aceptase el último término de la condición, Ribot declinó el encargo de formar ministerio. El presidente no quiso aceptar la dimisión del gabinete Rouvier que se encontró así encargado de asegurar las comunicaciones constitucionales entre los poderes ejecutivo y legislativo.

El anuncio de la dimisión de Grevy produjo apaciguamiento en el mundo parlamentario y agitación, aunque superficial, en ciertos círculos extraparlamentarios. En uno y otros se habían discutido varias candidaturas á la presidencia de la República. Descartadas las del general Saussier y de Freycinet, la de Ferry parecía tener asegurado el triunfo en la semana anterior al 1.º de diciembre. Entonces se reanudó con más furia que nunca la campaña de calumnias contra «el tonkinés», contra «el esclavo de Bismarck», contra «el último de los cobardes.» Los individuos de la Liga de Patriotas, los boulangieristas, los miembros de la fracción más avanzada del Consejo municipal de París, muchos periodistas y diputados radicales se distinguieron en aquel concierto de injurias, de falsedades y de siniestras predicciones. Se amenazaba á Francia con toda clase de desdichas, inclusa la guerra civil, si Julio Ferry era elegido, y muchos hombres tímidos se dejaron asustar por tales amenazas, como muchos franceses de buen criterio se habían dejado embaucar con la leyenda de Ferry protegido por Alemania.

En las noches del 28 al 29 y del 29 al 30 de noviembre, las *noches históricas*, como se las llamó después, algunos miembros de la extrema izquierda, otros de la Liga de Patriotas y el general Boulanger complotaron en primer lugar el mantenimiento de Grevy en el Eliseo y luego la exclusión de Julio Ferry de la magistratura suprema. Los Sres. Granet, Laguerre, Clemenceau, Camilo Dreyfus, Pelletán, Pichón, Jorge Perin, Tony-Revillón, Laisant, Millerand y Leporché se reunieron el 28 de noviembre en el Gran Oriente con Rochefort del *Intransigente*, Mayer de *La Linterna* y Victor Simond del *Radical*. Los instigadores de esta reunión querían notificar á Grevy «que no se hallaba completamente abandonado» y prestarle «un apoyo sin el cual se retiraría dejando el puesto á Ferry.» La reunión fué unánimemente del parecer que se practicasen diligencias á fin de conseguir que Floquet ó Freycinet se encargasen de la constitución de un gabinete. Pero dos de los reunidos, Pelletán y Perin, se pronunciaron enérgicamente contra el mantenimiento de Grevy en la presidencia, y su oposición hizo que la sesión se levantara sin que se hubiese tomado resolución alguna. Granet, Laisant, Laguerre y Mayer volvieron á reunirse aquella misma noche en la Redacción de *La Justicia* y se fueron con Clemenceau al restaurant Durand, plaza de la Magdalena, donde se juntaron con ellos el general Boulanger, Rochefort y Deroulede. De allí partieron delegados con el encargo de ir á pedir á Floquet y á Frey-

cinet que constituyesen un gabinete, dejando á Grevy en el Eliseo y dando la cartera de la Guerra al general Boulanger. Ni Floquet ni Freycinet acogieron estas proposiciones. Ambos temían la elevación de Ferry á la presidencia de la República, pero también estaban convencidos de que no era posible que continuase en ella Grevy. Quizá también esperaban ambos la sucesión de éste. La primera noche histórica terminó, pues, sin más resultado que la pérdida para Grevy de una de las probabilidades que le quedaban de ser mantenido en el Eliseo.

Los actores de la segunda noche histórica, en el domicilio particular del Sr. Laguerre, fueron el general Boulanger y los Sres. Clemenceau, Rochefort, Mayer, Laisant, Granet, Deroulede y Camilo Dreyfus. Laguerre y Granet habían visto aquel día á Grevy, enterándole de las gestiones practicadas la víspera, y el presidente de la República había suplicado que le procurasen un ministerio y, sobre todo, un presidente del Consejo que fuese hombre de grande autoridad. Tratóse, en casa de Laguerre, de un ministerio Clemenceau ó de un ministerio Andrieux con el general Boulanger. Habiendo rehusado Clemenceau, llamóse á Andrieux. Este hubiera consentido en luchar con los radicales contra los oportunistas, pero declaró que no confiaría la cartera de la Guerra al general Boulanger. Desde aquel instante, toda negociación quedó rota. En la mañana del 30 de noviembre, Laguerre y Granet dieron cuenta al presidente de la República de la inutilidad de sus esfuerzos. La segunda noche histórica había quitado á Grevy su última probabilidad de continuar en la presidencia.

El partido revolucionario de París dió en un cartel el grito de alarma contra la candidatura de Ferry. Ranc escribió en el *Petit National* que si bien la impopularidad de Ferry era «absurda, injusta y necia», debía tenerse en cuenta y convenía elegir otro candidato. Otros adversarios más hábiles pretendían que se había concluido un pacto entre monseñor Freppel y Julio Ferry, y que el famoso obispo invitaba á sus amigos de la derecha á que votasen á Ferry, porque éste era el «candidato del Vaticano.» Andrieux, Proal, Lockroy, Granet, Rochefort, Deroulede y Clemenceau incitaban á Grevy, si no á quedarse en el Eliseo, al menos á dar largas á las cosas, porque les parecía seguro el triunfo de la candidatura Ferry.

Mientras las provincias presenciaban estupefactas y mudas aquellos sucesos extraordinarios, París había tomado el aspecto exterior de los momentos de crisis, que conservó durante los tres primeros días de diciembre. El día 1.º la plaza y el puente de la Concordia se llenaron de gente. De pronto salió del Palacio Borbón y se precipitó hacia la muchedumbre un hombre de elevada estatura: era Deroulede, que excitaba al pueblo á que uniese en una misma aclamación á Grevy y al general Boulanger. Este eclecticismo provocó manifestaciones diversas, y Deroulede quiso penetrar en el Palacio Borbón. Pero se lo impidieron los cuestoreos. Acababa de suspenderse la sesión. Al reanudarse á las seis, Deroulede repitió la agitación en la calle, ocasionando su detención. Al mismo tiempo Luisa Michel, que cantaba la *Carmagnole* por los bulevares, no recibía más que silbas del público. Para protegerla, la policía cerró tras ella las verjas del pasaje Jouffroy.

El día 2 los disturbios fueron más serios: de la muchedumbre que llenaba la terraza de las Tullerías y la plaza de la Concordia, partieron piedras que hirieron á varios guardias municipales. Luisa Michel, á pesar de los esfuerzos hechos por la policía para apartarla, logró colarse en medio de los manifestantes. Camelinat, Bally y Duc-Quercy querían conducir al pueblo á la Casa de la Ciudad: la fuerza pública los aisló dejando que fuesen solos, mientras la caballería despejaba poco á poco la plaza de la Concordia y la calle Real. Los manifestantes, chiquillos, vendedores ambulantes y revolucionarios, tenían por armas tizones que arrojaban á las piernas de los caballos.

Aquella misma noche, el Consejo municipal, reunido bajo la presidencia de Hovelacque, invitó al prefecto del Sena á que entregase aquel día á Grevy, enterándole de las llaves de los subterráneos que ponen en comunicación la Casa de la Ciudad con el cuartel Lobau y á que no tomase ninguna medida sin informar á la mesa del Consejo. La Asamblea municipal, como la reunión pública del Salón Favié, acordó que su mesa se pusiese de acuerdo con los diputados de París para impedir la elección de Ferry.

En medio de toda aquella agitación, se hacía creer á Grevy que la emoción que reinaba en ciertos grupos parisienses era una prueba del disgusto y de las inquietudes que causaba á Francia la perspectiva de su retirada. El 28 de noviembre, Grevy, deseoso de ganar tiempo, sin haber perdido aún todas las esperanzas, había notificado á los presidentes de ambas Cámaras, por conducto de Rouvier, que no enviaría su Mensaje hasta el 1.º de diciembre. A instancias del gobierno, las Cámaras, relativamente tranquilas desde que la dimisión parecía segura, suspendieron sus sesiones hasta el día señalado. Senadores y diputados se reunieron en pleno el 1.º de diciembre, á las dos de la tarde, en el Luxemburgo y en el Palacio Borbón. Rouvier en la Cámara y Barbay en el Senado, en vez de comunicar el mensaje prometido, hicieron saber que, habiendo cambiado de idea el presidente de la República, el gabinete había vuelto á dimitir. Esta noticia inesperada produjo verdadera indignación. Diputados y senadores, sin perder la calma, dieron una gran lección de dignidad al presidente, suspendiendo la sesión hasta una hora fija, «á fin de esperar la comunicación prometida.» Y tal resolución fué tomada en la Cámara por 522 votos contra 3, y en el Senado por 264 votos contra 5.

Esta unanimidad no dejaba ya ningún refugio á Grevy: después de haber consultado sucesivamente á todos sus ministros, que pensaban lo mismo que el Parlamento, encargó al gabinete que hiciese saber á las Cámaras que no admitía la dimisión de los ministros y enviaría el día siguiente su Mensaje al Parlamento. Definitivamente tomada esta resolución, le faltaba á Grevy cometer la última falta: en vez de enviar simplemente su dimisión, acusó al Senado y á la Cámara de haberle obligado á dimitir «en el momento en que la opinión pública, mejor informada, acentuaba su reacción en favor de él;» afirmó que su deber y su derecho estarían en resistir, pero que cedía por cordura y por patriotismo. La lectura del Mensaje fué acogida sin protestas, con muda desaprobación, y las dos Cámaras acordaron

reunirse al día siguiente en Asamblea nacional para dar un sucesor a Grevy.

Durante nueve años, éste había asegurado a Francia la paz, el orden y la libertad, dejándola en estado de defender su honor y sus derechos en medio de la Europa armada. Sin embargo, ni el pueblo ha conservado su recuerdo, ni los republicanos han tenido para él esa consideración que hasta con los adversarios políticos se guarda, cuando han caído del poder. Y es que el presidente Grevy fué para el pueblo un desconocido, invisible en el Elíseo, entregado estrictamente a los deberes de su cargo, sin vivir la vida de la nación. Para los hombres políticos, fué también una figura enigmática; no se leía impresión alguna en su rostro inalterable, ni en sus ojos indiferentes. El trato glacial de Grevy impedía las confidencias. Tenía la autoridad que le daban su largo pasado republicano, su lenguaje sobrio y fuerte y su respeto a las reglas constitucionales; pero nunca tuvo las simpatías de los que le rodeaban. Su escepticismo indolente sólo se trocaba en obstinación cuando había que apartar a un rival posible ó cuando se trataba de su interés personal. Entonces le faltaba su perspicacia habitual y no se hacía cargo de las imperiosas exigencias de la moralidad pública. Por eso, al cabo

de nueve años de una presidencia honrosa, cayó sin grandeza y sin que se alzase una sola voz para defenderlo.

Los últimos días del ministerio Rouvier pertenecen ya a la presidencia de Carnot. Durante los seis meses que había durado su gabinete, Rouvier se había revelado como un hacendista de consumada experiencia, cuya sola presencia en el gobierno inspiraba en la Bolsa una confianza ilimitada y como un hombre de Estado de primer orden.

Desde 1879 hasta 1887, Grevy tuvo once ministerios. ¿Qué autoridad ni qué unidad de miras pueden tener tan efímeros gabinetes? Semejante inestabilidad es tan desastrosa para la administración interior como para las relaciones extranjeras.

Políticamente hablando, la presidencia de Grevy abarca dos períodos separados por el 30 de marzo de 1885. El primero es un período de organización. En el segundo, el Parlamento y la opinión se agitan en un profundo trastorno. Estalla un escándalo que aleja de Grevy a las personas de honor, y el presidente de la República se encuentra solo en presencia de un Parlamento hostil, de una Francia indiferente, de una Europa burlesca, y su mandato termina con una dimisión forzosa, en medio de un inmenso desconcierto moral.

LIBRO CUARTO

LA PRESIDENCIA DE CARNOT

- SUMARIO: I. — La juventud de Sadi-Carnot. — Carnot, prefecto de la Defensa nacional. — Carnot, diputado. — Carnot, subsecretario de Obras públicas. — Carnot, ministro. — Elección de Carnot para la presidencia de la República. — Política económica. — Primer ministerio Tirard. — El Mensaje presidencial y el programa del gobierno. — El grupo socialista parlamentario; su primer manifiesto. — Las causas Caffarel, Limouzin y Wilson. — Renovación senatorial. — Legislatura ordinaria. — Leyes económicas en el Senado y en la Cámara. — Rouvier presidente de la Unión de las izquierdas. — Discusión de los presupuestos de 1888. — Derrotas parciales del gabinete. — El Comité de iniciativa. — El mando del XIII.º cuerpo de ejército. — El Comité de protesta nacional. — El grupo socialista y la extrema izquierda. — Las elecciones del 25 de marzo. — Floquet y el zar. — Caída del gabinete. — Responsabilidad de Clemenceau.
- II. — El ministerio Floquet. — Francia durante los once meses del ministerio Floquet. — Causas de la debilidad del gabinete. — El programa ministerial. — El nuevo presidente de la Cámara. — Elecciones parciales. — «La capa rota de la dictadura.» — Elecciones municipales de 1888. — El Comité permanente. — El Comité de la consulta nacional. — El boulangismo y la Constitución de 1875. — Leyes económicas en la Cámara. — El incidente Tisza. — Goblet y la política extranjera. — Trabajos legislativos desde el 4 de junio hasta el 12 de julio. — El alcalde socialista de Carcasona. — La ley militar en el Senado. — El conde de París y la autonomía municipal. — Duelo Floquet-Boulangier. — Elecciones del 22 de julio. — Inauguración del monumento de Gambetta. — El banquete de los alcaldes en París. — Entrevistas de soberanos y ministros. — Las huelgas y el prefecto de policía. — Las 3 elecciones del 19 de agosto. — Sesiones de los Consejos generales. — Los monárquicos y el boulangismo. — Violaciones de la disciplina militar. — Numa Gilly y la Comisión de presupuestos. — Censo de los extranjeros en Francia. — Proyecto de revisión. — Discusión de los presupuestos en la Cámara. — Paytral y los presupuestos. — Discurso de Challemeil-Lacour en el Senado. — Vuelta de Wilson a la Cámara. — Compañía del canal de Panamá. — Leyes económicas durante la legislatura extraordinaria. — Boulangier en Nevers. — Francia en Extremo Oriente. — Ojeada retrospectiva. — Trabajos legislativos al principio de la legislatura ordinaria de 1889. — Modificaciones ministeriales *in extremis*. — Unión de los republicanos. — Peligros que corre la República. — El escrutinio de distrito. — La revisión limitada, según el sistema Floquet. — La Cámara, el Senado y el Consejo de Estado. — Los ministros. — La revisión ante la Cámara. — Apreciación sobre el ministerio radical.
- III. — Segundo ministerio Tirard. — Gestiones de Meline. — Opinión de Freycinet sobre la crisis. — El programa ministerial. — Cámaras sindicales y grupos corporativos del departamento del Sena. — Ferroul y la información sobre las reivindicaciones obreras. — Vuelta del duque de Aumale a Francia. — El incidente Atchino. — Disidencias en la Liga de Patriotas. — Interpelación Laguerre. — Procesamiento de Turquet, Laisant y Laguerre. — Procesamiento de Rochefort, Dillon y Boulangier. — El banquete de Tours. — Huida a Bélgica. — El Senado convoca al Tribunal Supremo. — La Comisión de instrucción. — La compañía del canal de Panamá hace suspensión de pagos. — Rouvier y el Comptoir d'Escompte de París. — Labor legislativa. — Centenario de la Revolución y apertura de la Exposición Universal. — Los presupuestos de 1890 en la Cámara. — La ley militar en el Senado. — Los partidarios del servicio de dos años. — La ley sobre el sueldo de los maestros de escuela. — Ley sobre las candidaturas múltiples. — El rey Humberto en Berlín. — Felix Faure y Spuller. — Esfuerzos para desacreditar al parlamentarismo. — El incidente de Angulema. — Las expulsiones en la Cámara. — Últimos días de la legislatura. — Contestación de Boulangier a la acusación fiscal. — Las elecciones cantonales. — Fallo del Tribunal Supremo. — Llamamiento a las personas de bien. — Viajes de Carnot. — El Comité de protesta nacional. — Actitud de los monárquicos. — Los neo republicanos. — Los tres manifiestos de Boulangier. — El Comité de los Doce. — El príncipe Víctor. — El clero. — Cambio de recriminaciones. — Reuniones generales de los grupos. — Distribución de recompensas. — Floquet y Brisson. — Actitud modesta del gabinete. — La educación política de Francia. — Apertura de las Cámaras para la legislatura extraordinaria. — Votación de los fondos secretos. — Las invalidaciones. — La amnistía. — Meline y el grupo agrícola. — Supresión de los sueldos eclesiásticos. — El general Février. — Laisant. — Legislatura ordinaria de 1890. — Reunión general de las izquierdas. — Las grandes comisiones parlamentarias. — El clero y las elecciones. — La administración de la Guerra. — Disidencias en el gabinete. — El congreso de Berlín. — El tratado de comercio con Turquía. — Caída del gabinete. — Apreciación general sobre el segundo ministerio Tirard.
- IV. — El cuarto ministerio Freycinet. — Notable competencia de los ministros. — El programa del nuevo gobierno. — Interpelación Lockroy. — Elecciones municipales de París. — Rouvier y las cajas de ahorros. — Situación del Dahomey. — Arreglo de fronteras franco-inglesas en las cuencas de la Gambia y del Níger. — Interpelación Dumay sobre el indulto del duque de Orléans. — Interpelación Combes sobre la segunda enseñanza. — Política exterior en junio de 1890. — Ley sobre las libretas de obreros y la seguridad de los delegados mineros. — Los presupuestos de 1891. — La liquidación boulangista. — El boulangismo entre bastidores. — El banco de Francia y el banco de Inglaterra. — Ley sobre el contrato de alquiler de servicios. — El cardenal Lavignerie y la República. — La situación a fines de 1890. — Elecciones senatoriales de 1891. — El empréstito Rouvier. — El consejo superior del trabajo. — Muerte del general Campenón y del príncipe Napoleón. — Julio Ferry. — La reina Victoria en París. — Bourgeois y los tratados de comercio. — Millerand y *La Fille Elisa*. — Fouquier, Charmes, Reinach y *Thermidor*. — La teoría del bloque. — La Argelia en el Senado. — Las apuestas en la Cámara. — Protección a la agricultura. — Perquisiciones en la Sociedad de la Bardera. — Locroy y el libre cambio. — Viger y el proteccionismo. — Intervención de Deschanel. — León Say y el Estado tutor. — Meline. — Roche y las tarifas moderadas. — Rebaja temporal de los derechos sobre los cereales. — Adopción del principio de la tarifa general. — Interpelación sobre los incidentes de Fourmies. — Proposición de amnistía. — Basly y los sindicatos profesionales. — El acta general de la conferencia de Bruselas contra la esclavitud es desechada. — Régimen de los pasaportes en Alsacia-Lorena. — La secularización de escuelas en el Senado. — Lanessan en Indo-China. — La segunda enseñanza moderna. — La escuadra francesa en Cronstadt y en Portsmouth. — Consecuencias inmediatas. — Fracaso de la misión Crampel. — Muerte de Julio Grevy. — Suicidio de Boulangier. — La juventud católica en Roma. — Circular de Fallieres. — Centestación de monseñor Gouthe-Soulard. — La polí-